

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XIII

NAPOLEÓN HACE PLANES
PARA CREAR UN IMPERIO MEXICANO

De todos los acontecimientos en la desconcertante historia de México, no hay nada más romántico que el sangriento intento de Napoleón III de establecer un imperio sobre las ruinas de la democracia mexicana, con el rubio, soñador y juvenil archiduque austriaco Maximiliano como su títere coronado.

La historia de esta disparatada aventura de un monarca ambicioso y traicionero, a quien embargaba el deseo de alcanzar la gloria histórica con la conquista parcial o total de América, constituye el umbral trágico a través del cual Porfirio Díaz hizo su entrada a una etapa más grandiosa de servicio a su enajenado país.

Vanos fueron el estruendo de la artillería de Napoleón, el griterío de sus ejércitos, los ataques repentinos de las bayonetas francesas y austriacas, los miles asesinados en cientos de campos de batalla, el homicidio deliberado de los prisioneros de guerra; y en medio de esto, el sentimental príncipe de ojos azules y barba rubia con su joven y bella esposa, la hija de un rey, que trataban que México dejara el amor a la libertad atraído por el espectáculo del oropel de una corte monárquica.

Las tropas indígenas mal alimentadas, encabezadas por héroes como Díaz, batallaron a lo largo de años de derrotas, hasta que al final el emperador Maximiliano murió a manos de patriotas mexicanos y todo el mundo reconoció la independencia de la república.

Cabe recordar que en 1840, un mexicano elocuente y capaz apellidado Gutiérrez de Estrada, quien fue miembro del gabinete del presidente Comonfort en 1835, se vio obligado a huir al extranjero para escapar de la furia de sus compatriotas, porque se atrevió a señalar públicamente el desorden general, las repetidas guerras, la creciente pobreza, el prolongado caos político y la terrible desmoralización social como pruebas concluyentes de que el pueblo de México no era el indicado para las instituciones democráticas y que la Constitución republicana adoptada por los patriotas pero inexpertos mexicanos de 1824 fue un error espantoso.

Gutiérrez de Estrada insistió en que la historia del país y sus diversas razas dieron una total demostración de que la población mexicana era incapaz de progresar, salvo con un gobernante coronado. Sin monarquía la nación se desintegraría. El gobierno democrático fue el resultado natural del pensamiento anglosajón y con su influencia el pueblo estadounidense había crecido en poder. Pero el sistema mismo que produjo la fuerza, unidad y orden en la república del norte, había dividido y debilitado constantemente a México, cuyas masas nunca pudieron entender las instituciones democráticas. A menos que se abandonara la Constitución y se decretara la monarquía, México sería cada vez más débil y los Estados Unidos cada día más fuertes, llegando el momento en que los mexicanos iban a ser sojuzgados y absorbidos por la nación más grande.

Es difícil para un mexicano oír con calma incluso una explicación modificada de los motivos que tuvo Gutiérrez de Estrada en esa época de aciaga anarquía política. El hecho de que después ayudara a perpetrar la invasión armada extranjera de su país cubrió su nombre de infamia. No obstante, aparte de su defensa de la realeza, había mucho de verdad y lógica sólida en lo que afirmaba sobre los efectos que tuvo el intento, súbito y sin preparación intermedia, de imponer a los pueblos sin madurez política, descendientes de las masas sumisas de aborígenes americanos,

las duras y a veces pasmosas responsabilidades del autogobierno. Siete años después pudo señalar la bandera de los Estados Unidos, izada por el ejército estadounidense en el Castillo de Chapultepec, como confirmación parcial de sus palabras.

Después de abandonar México en 1840, este hombre elocuente y lleno de energía deambuló por Europa y siguió sin descanso haciendo propaganda en las principales capitales contra la república mexicana. Era un hombre de gran saber. Su elegancia, finura intelectual y el encanto de su trato social y político, junto con sus poderosos contactos con la Iglesia, le permitieron ingresar a los círculos más elevados y exclusivos de las principales ciudades de Europa. Durante veinte años dedicó todo su tiempo a agitar a favor de un príncipe reinante para México. El sueño lo acompañaba siempre y en todo lugar, lo llevaba en la sangre.

Ningún hombre podía haber trabajado tanto tiempo y con tanta fe por un solo fin, a menos que fuese sincero. Aun el presidente Díaz, en la quietud de su avanzada edad, ha dicho, “Gutiérrez de Estrada se convirtió en traidor a su país por motivos patrióticos.”

En su momento, el autoexiliado se casó con una dama de la familia del príncipe Metternich, el poderoso primer ministro austriaco. Con el tiempo, eso le dio acceso a las fuerzas más secretas e influyentes de la corte imperial austriaca lo cual, a la larga, resultaría trágico para México.

Mientras el presidente Juárez luchaba con un erario vacío y un Congreso parlanchín y antagónico, los líderes y agentes fugitivos del derrotado partido conservador estaban ocupados en Europa. Vencidos en el campo de batalla, tenían puesta su esperanza en la intervención extranjera. Miramón, Almonte, Labastida, arzobispo de México, y Gutiérrez de Estrada se encontraban en París, y mientras actuaban sobre la mente inescrupulosa de Napoleón III, otros mexicanos reaccionarios abogaban por su causa con el papa en Roma.

El monarca egoísta y pérfido que traicionó a la república francesa a la cual juró servir, y con la traición a toda una nación colocó una corona imperial en su cabeza perjura, escuchó gustoso a los conspiradores cuando declararon que México era “monárquico hasta la médula”. Sedienta

de gloria militar y poder, la mente de Napoleón tenía la visión de hacer una conquista en América.

México era pobre y estaba agotado por la guerra. Su pueblo devastado, cansado de la debilidad y el desacuerdo de la democracia, con gusto se volvería hacia la paz de hierro de una monarquía fuerte. Todas las naciones católicas aceptarían de buen grado que sojuzgaran a la república que había despojado a la Iglesia de su riqueza y sus privilegios. Gran Bretaña, Francia y España ya estaban presionando a México para que pagara las deudas y reclamaciones. El presidente Juárez, hostigado por un Congreso hostil e insensato, no tenía dinero para satisfacer las exigencias de los acreedores extranjeros. Las palabras vagas sobre la intervención europea para salvar a México de la total anarquía estaba adquiriendo una forma más definida.

El alma de Napoleón despertó. Éste iba a revivir el terrible prestigio del apellido Bonaparte. Sería el primero en derrumbar la arrogante Doctrina Monroe por medio de la cual los Estados Unidos habían hecho frente a la Santa Alianza para que no se entrometiera con las naciones libres de América y a no ser por la cual las repúblicas latinoamericanas hubieran sido destruidas mucho tiempo atrás y en sus pueblos y territorios se hubiese reinstaurado el gobierno de los reyes europeos. La gran república anglosajona que desafió tan audazmente a la Europa continental en 1823, ahora estaba al borde de una guerra civil. Abraham Lincoln fue elegido presidente de los Estados Unidos y los estados esclavistas del sur se habían separado de la Unión, confiscando los fuertes, arsenales, aduanas, casas de moneda y tribunales de la nación. Lincoln pudo haber impedido el derramamiento de sangre, pero una vez que el pueblo estadounidense se dividió por la guerra misma, México podía ser ocupado con impunidad y quizá se abriría el camino para la conquista latina del hemisferio americano.

Ése sería el final del gobierno republicano sobre la Tierra. Fue un sueño que servía a la sórdida ambición del tahúr imperial. ¡Ay, qué fantasmagóricos pueden ser los planes incluso de los emperadores y los papas! La intervención en México a la larga destronó a Napoleón y lo mandó a la tumba en el exilio, y el que éste retirara su apoyo a Pío IX permitió

que Víctor Emmanuel tomara Roma y despojara al papa de su poder temporal.

Mientras Napoleón aguardaba que maduraran los acontecimientos, el Congreso mexicano autorizó un decreto presidencial que declaraba la moratoria en todos los pagos de la deuda externa durante dos años.

Se dice que esta acción obtusa y por lo visto bochornosa fue motivada por el poderoso diputado Sebastián Lerdo de Tejada (más tarde el principal ministro y sucesor de Juárez), y era contraria a los deseos del presidente. Sea como fuere, es un hecho que el 17 de julio de 1861 Juárez proclamó la quiebra nacional de México.

Esa fue una acción demencial en ese momento. Tres semanas antes, Sir Charles Wyke, el embajador británico, había informado a su gobierno que sólo una demostración naval en los puertos de Tampico y Veracruz haría entrar en razón a los mexicanos. Ahora, sin previo aviso al embajador británico, y mientras todavía se negociaba con él la deuda externa, México de pronto había anunciado su total insolvencia.

Napoleón estaba desayunando cuando recibió un telegrama informándole la acción del Congreso mexicano. Al mismo tiempo le llegó un telegrama del embajador francés en Washington donde le comunicaba la noticia de que el presidente Lincoln había ordenado al ejército federal avanzar sobre las fuerzas confederadas en Virginia. El emperador leyó los telegramas en silencio y se los pasó a Almonte que estaba sentado a la mesa enfrente de él, siendo el principal agente de los conservadores mexicanos. Al pasar junto a él, Napoleón se inclinó y le susurró al oído, "¡Llegó la hora!"

Gran Bretaña, Francia y España, haciendo caso omiso de la cruel pobreza de México y de los heroicos esfuerzos de Juárez por restablecer el orden en su país, rompieron relaciones diplomáticas con la república. Las tres naciones acreedoras, principalmente por sugerencia de Napoleón, firmaron una convención en Londres el 31 de octubre de 1861 en la cual acordaban apoderarse conjuntamente de los fuertes de la costa mexicana, tomar posesión de los ingresos aduanales y nombrar una comisión para saldar sus deudas. Es imposible afirmar si, en ese entonces, el ministro británico de relaciones exteriores, Lord John Russell,

sospechaba de la brutal confabulación de conquista que Napoleón tenía en mente; con la influencia británica, se estableció solemnemente en el contrato que ninguno de los aliados deseaba adquirir parte del suelo mexicano ni inmiscuirse en los asuntos del gobierno de México.

¡Desdichado México! Aun los Estados Unidos, que ya empezaban a sumirse en la guerra civil, previó el peligro de la invasión extranjera de la república hermana. El gobierno del presidente Lincoln propuso a Juárez que los Estados Unidos asumieran el total de la deuda externa mexicana, alrededor de \$82 000 000, y que el territorio de Baja California y Sonora quedara en garantía para pagar el dinero a cinco años. Pero ningún estadista mexicano se atrevería, en tales circunstancias, a empeñar 140 000 millas cuadradas del territorio nacional en manos del poderoso vecino que ya había absorbido una gran extensión del país, y declinaron el ofrecimiento de inmediato.

Los escuadrones unidos de los aliados llegaron a Veracruz en diciembre de 1861 y enero de 1862. Los británicos venían desarmados y tenían apenas setecientos marinos como guardia de honor de su representante. Los españoles traían 5 700 soldados y 300 caballos y sus 16 buques de guerra recibieron autorización para entrar en acción tan pronto arribaron al puerto y obligaron a rendirse al fuerte de San Juan de Ulúa. El escuadrón francés se componía de un ejército de 6 000 hombres, preparados para emprender una campaña militar formal.

De la deuda externa por valor de \$82 000 000 que fue el pretexto para la aparición de esta flota formidable, sólo se adeudaban \$2600 000 a Francia y \$9 400 000 a España, mientras que la mayor parte del dinero, \$70 000 000 se le debía a Gran Bretaña, cuyo escuadrón no tenía soldados.

El presidente Juárez hizo inútilmente un acuerdo sobre la deuda externa que satisfacía a Gran Bretaña y España. El Congreso lo rechazó de inmediato.

Cualquier cosa que se diga en cuanto a la conducta de Gran Bretaña y España, lo cierto es que Napoleón III participó en esta empresa de cobranza de la deuda y restablecimiento de la paz con el propósito deliberado de llevar a cabo la conquista armada de México. Las reclamaciones francesas eran por completo injustificables y las formulaban con

una arrogante negativa a especificar detalles o proporcionar pruebas de algún tipo, de manera que resultaba imposible que un gobierno que se precie de serlo las admitiera.

Napoleón insistió en que los \$15 000 000 de los bonos de Jecker, fueran pagados en su totalidad, aunque Miramón los hubiera emitido a cambio de \$750 000 en efectivo, al momento mismo en que trataba de destruir al gobierno constitucional de Juárez. Además, se demostró que Jecker era ciudadano suizo y que sólo se había naturalizado francés para hacer que sus abusivas reclamaciones formaran parte de la excusa que usó Napoleón para su acción.

Incluso Lord Russell, cuando analizó las pretensiones francesas, se vio obligado a reconocer lo siguiente por escrito: “Es poco posible que reclamaciones tan excesivas como la de \$12 000 000 en total, sin presentar una cuenta, y la de \$15 000 000 por los \$750 000 recibidos en realidad, puedan presentarse con la expectativa de que se acceda a ellas.”

No sólo eso —el hermano bastardo de Napoleón, el Duc de Morny, estaba interesado financieramente en cobrar la reclamación de Jecker—, los británicos, que en muchos aspectos mostraron una disposición razonable, en realidad exigieron que el gobierno del presidente Juárez pagara completo el dinero robado por Miramón de la legación británica en México.

Los tres comandantes de las fuerzas aliadas —el almirante de la Gravière, representante de Francia; el comodoro Dunlop, representante de Gran Bretaña y el General Prim, representante de España— emitieron en Veracruz una proclama a la nación mexicana, declarando que sus respectivas fuerzas venían a exigir el cumplimiento de los tratados y, con la protección de éstas, su propósito era permitir que México eligiera un gobierno fuerte que acabara con la anarquía que había prevalecido.

Tal vez de manera inconsciente, sir Charles Wyke había preparado al gobierno británico para que cayera en la trampa que Napoleón tendió cuidadosamente al hacer descripciones tan alarmantes de México como la siguiente:

El Congreso, en lugar de permitir que el gobierno sofoque el horroroso desorden que reina a lo largo y ancho del territorio, está

ocupado en discutir teorías inútiles del denominado gobierno que descansa en principios ultraliberales, mientras que a la parte respetable de la población la dejan indefensa frente a los ataques de ladrones y asesinos, quienes pululan por los caminos y en las calles de la capital [...]. El patriotismo, en la acepción usual del término, parece algo desconocido, y nadie importante aparece en las filas de algún partido. Las facciones contendientes luchan por la posesión del poder sólo para satisfacer su codicia o su revancha, y entretanto el país se hunde más y más, mientras que su población se insensibiliza y se rebaja hasta un grado aterrador.

Comparar esta situación con las condiciones sobrias y fructíferas que resultaron de la magistral política ejecutiva del presidente Díaz deberá ser instructivo para todos los estudiosos serios del gobierno.

Los comandantes de los escuadrones extranjeros se comunicaron con el gobierno del presidente Juárez, el cual declaró que trataría de satisfacer sus exigencias si retiraban las fuerzas. Miramón ya había regresado a México y trató de desembarcar con un grupo de conspiradores, siendo su intención encabezar una revolución contra la república. Eso fue demasiado para los británicos, cuya legación había perturbado y robado en forma descarada. El comodoro Dunlop, a pesar de una protesta de los representantes franceses, arrestó a Miramón y lo mandó a La Habana en un buque de guerra. Ese fue el primer obstáculo para Napoleón.

Después de algunas negociaciones, los comisionados de Francia, Gran Bretaña y España se reunieron en conferencia con los representantes de la república en La Soledad, cerca de Veracruz, el 19 de febrero de 1862, y firmaron un tratado que cubría posteriores negociaciones.

Dado el clima mortal de la costa, a los soldados extranjeros que ya habían desembarcado les dieron permiso de retirarse a las tierras altas de Orizaba, que estaba dentro de las defensas mexicanas del Chiquihuite; pero se convino en que tales tropas se retirarían a la costa si se rompían las negociaciones.

Napoleón estaba impaciente por llevar adelante el gran delito que había planeado. Cualquier cosa como un intento por tratar a la repú-

blica mexicana de buena fe podría derrotar al ardid del sojuzgamiento armado que tenía entre sus planes. El 1 de marzo de 1861, el general De Lorencez llegó de Francia con refuerzos para las tropas. Al mismo tiempo, el general Juan N. Almonte, hijo ilegítimo de Morelos el patriota martirizado, que representó a los conservadores derrotados en París, y había planeado con Napoleón establecer un imperio en México, llegó a Veracruz junto con el padre Miranda, una de las figuras de más triste fama en la guerra clerical contra la república. Miranda fue recibido abiertamente por el almirante francés y vivió en su cuartel de Orizaba. A pesar de las protestas conjuntas del presidente Juárez y los representantes británicos, el general De Lorencez autorizó al traidor Almonte para que fuera a Orizaba bajo su protección; una vez allí, de inmediato se convirtió en el centro de los conspiradores conservadores contra la república y estas juntas eran toleradas públicamente tanto por el comisionado francés como por el comandante en jefe francés.

Esta flagrante traición a los acuerdos solemnes de Londres y La Soledad, en que persistió Francia en contra de las protestas de sus aliados, obligó a Gran Bretaña y España a declarar que ponían fin al acuerdo tripartito. Acto seguido, se retiraron las fuerzas británicas y españolas, dejando que la bandera francesa ondeara sola en el fuerte de San Juan de Ulúa. El general De Lorencez se sumó a la perfidia de Napoleón y además contravino la convención de La Soledad al marchar de Córdoba a Orizaba con tropas, pretextando que tenía que proteger a 340 soldados que se decía estaban enfermos en ese lugar. La intención criminal que dominaba a Napoleón mientras sus representantes fingían negociar con la atribulada república puede juzgarse por el franco despacho que el general De Lorencez envió a su gobierno: “Tenemos tal superioridad sobre los mexicanos en lo que respecta a la raza, organización, disciplina, moralidad y lo elevado de los sentimientos, que ruego a Su Excelencia diga al Emperador que a partir de este momento, a la cabeza de sus 6 000 soldados, soy el amo de México.”

El Ministro Británico de Relaciones Exteriores explicó la situación cuando escribió: “Como el gobierno inglés siempre ha mantenido el principio de no intervención, nuestra fuerza se retiró y arriamos nuestra bandera a raíz

de la decisión expresa del almirante de la Gravière y M. Saligny de marchar hacia México con el fin de derrocar al gobierno del presidente Juárez.”

Una vez que los franceses se habían quitado la máscara y habiéndose revelado el propio Napoleón como un aventurero desvergonzado, empeñado en saquear a la república en apariencia indefensa, el presidente Juárez llamó a todos los mexicanos entre las edades de veinte y sesenta años a que tomaran las armas para defender a su país.

En la historia humana no hay nada mejor que la respuesta que los empobrecidos descendientes de los pueblos mexicanos prehistóricos dieron a este llamado de su dirigente zapoteco que no se dejaba intimidar. Cualquier cosa que se diga en el sentido de que las masas de México estaban aptas o no para el autogobierno, han dado sobradas pruebas de su disposición a pelear y morir por la independencia nacional, aun cuando después de eso la libertad sólo ha significado la licencia para pelear entre ellos. Ninguna persona seria puede leer la historia de México sin sentirse atemorizada por la capacidad de su pueblo para sufrir y su resistencia en la lucha, pese a las opresiones y derrotas.

El llamado a la guerra hecho por México a sus hijos extenuados por las batallas ocurrió en un momento en que el ruín emperador de Francia parecía tener a su merced una víctima absolutamente indefensa. Dispararon los primeros tiros cuando los Estados Unidos no podían oponerse a las violaciones de la Doctrina Monroe. Se había librado la batalla de Shiloh donde hubo 10 000 bajas entre muertos y heridos; el Merrimac y el Monitor se habían enfrentado, la flota de Farragut se abría paso hacia la desembocadura del río Mississippi contra los rugientes cañones de la Confederación. No podía esperarse tener ayuda extranjera. El pueblo mexicano, con traidores que buscan dividir sus fuerzas, debía resistir al cruel amo de Europa, detrás del cual estaban el papa y otras fuerzas, como se sospechaba, aunque no se veía claro.

En el ejército de 10 000 mexicanos organizados para enfrentarse a los invasores el primer comandante fue el general José López Uruga, mas cuando el oficial declaró que era imposible presentar una defensa eficaz contra las tropas europeas, al instante lo relevaron y entregaron el mando al general Ignacio Zaragoza, un abogado metido a soldado.

Porfirio Díaz sirvió como general de brigada en la primera división de este ejército y tuvo el mando inmediato de la segunda brigada.

El ejército francés inició hostilidades el 19 de abril de 1862, cuando el general De Lorencez con un cuerpo de soldados salió de Córdoba hacia Orizaba, violando el acuerdo celebrado con México, poniendo como pretexto que debía proteger a los enfermos de su ejército en Orizaba. En realidad, los soldados franceses no corrían allí el menor peligro ni los mexicanos mostraron ninguna intención de importunarlos. No obstante, el general De Lorencez antes de partir, arengó a sus soldados, diciendo: “¡Soldados! Vayamos a rescatar a nuestros camaradas al grito de ‘¡Viva el emperador!’”

El general Díaz con la vanguardia del ejército mexicano ocupó una posición de avanzada en el llano de Escamela. Su misión era tomar posesión pacífica de Orizaba después de que las tropas francesas y españolas abandonaran el lugar. No sospechaban que habría una traición.

Lo que menos se imaginaba el general Díaz era lo que iba a ocurrir, por lo tanto mandó a su hermano, el teniente coronel Félix Díaz, con cincuenta soldados de caballería, para que observara los movimientos de las tropas extranjeras.

Al llegar la retaguardia del enemigo a Córdoba —dice el presidente Díaz— se destacó una pequeña columna de tropas francesas compuesta de 200 caballos, con igual número de zuavos a la grupa de los jinetes, y vino rápidamente a chocar con mi vanguardia. Ésta se defendió heroicamente, pereciendo un gran número de soldados y quedando su jefe [Félix Díaz] herido de un balazo en el pecho y prisionero en poder del enemigo.

Pocos momentos después de este combate pasaba por allí, conducida en litera, la condesa de Reus [esposa del general Prim], de regreso para Veracruz, con una escolta de tropas españolas. Informada de lo que acababa de suceder, se empeñaba enérgicamente por la libertad de los prisioneros, lo mismo que el general Milans del Bosch, jefe del Estado Mayor del general Prim, cuando el teniente coronel Díaz, aprovechando un descuido de los franceses,

montó rápidamente su mismo caballo, que había quedado a su lado, saltó una alta barda que formaba el camino y se internó en el bosque sin recibir ninguno de los muchos disparos que le hicieron los franceses. Dos días después se me incorporó en Acultzingo, habiendo dado vuelta por el camino del volcán de Orizaba.

El general Díaz atacó valerosamente a las fuerzas francesas que a traición iniciaron la guerra sin previo aviso, pero el general Zaragoza le ordenó retirarse y luego lo enviaron con sus hombres a Acultzingo.

Dos días después de su llegada a Acultzingo, marchó con su brigada a Tehuacán, donde pusieron a otras dos brigadas bajo su mando y le dieron órdenes de avanzar a Matamoros Izúcar, en el estado de Puebla, para interceptar al sedicioso Márquez, El Tigre de Tacubaya, quien avanzaba por ese rumbo para unirse a los invasores extranjeros. Díaz en realidad había salido hacia Matamoros, pero al llegar a Tlaco-tepec le informaron que los franceses se movían sobre Acultzingo y le ordenaron que contramarchara rápidamente y se uniera al general Zaragoza en ese lugar.

El héroe de Oaxaca había tenido el honor de responder al primer fuego de los invasores. Su frialdad y energía salvaron después de la desgracia a las fuerzas mexicanas. Por órdenes del general Zaragoza tenía que cubrir un puente en el camino de carretas por el cual el ejército francés avanzaba hacia Acultzingo, y notó que parte de las fuerzas mexicanas, en apariencia abrumadas por el nerviosismo, comenzaban a retirarse en desorden. El general acababa de ponerse a la cabeza de su propia brigada cuando vio a la multitud de mexicanos que huían. Empuñando su espada, se desplazó en el puente y detuvo la huida; mandó a los fugitivos en grupos de 500 hombres a la cañada de Ixtapa, bajo las órdenes de oficiales que seleccionó entre los propios fugitivos.

No bien había colocado Díaz a sus fuerzas en posición de combate y abría un fuego tremendo sobre la vanguardia de los franceses cuando el general Zaragoza le ordenó retirarse a la cañada de Ixtapa. Ejecutó este movimiento a las diez de la noche, dejando tras de sí los cuerpos de tiradores de primera para evitar una sorpresa en la retaguardia y re-

tirándolos gradualmente a medida que él se replegaba. Al día siguiente, el general Zaragoza ordenó a sus fuerzas que marcharan a la ciudad de Puebla, a donde llegaron el 3 de mayo. Ese día, también los invasores franceses llegaron a Amozoc, estando a un paso de Puebla. Dos días más tarde, se libró la famosa batalla del 5 de mayo, y el mundo se enteró de que Napoleón III había emprendido una tarea más vasta y prolongada de lo que imaginó.

El mismo día que el general Díaz detuvo la fuga de tropas mexicanas en Acultzingo y por segunda vez con atrevimiento trabó combate con la vanguardia de los invasores fue cuando Almonte, el traidor mexicano, bajo la abierta protección del ejército francés en Orizaba, se proclamó Presidente, Supremo Gobernante de la Nación Mexicana y Comandante en Jefe de los Ejércitos Nacionales, emitiendo una proclama donde convocaba al pueblo mexicano a dar la bienvenida “a la caritativa y civilizadora influencia del ilustre soberano de Francia”.

De este modo, el hijo ilegítimo del sacerdote patriota Morelos, quien murió para que viviera la república mexicana, pisoteó la tumba de su padre. Y, sin embargo, Morelos había hecho grandes sacrificios para que su hijo se educara en el amor a la libertad. Cuando el sacerdote, que encabezó la lucha por la independencia mexicana después de la ejecución de Hidalgo, fue llevado a juicio por la Inquisición, lo interrogaron acerca de su hijo. Durante toda la terrible lucha contra España, Morelos había llevado consigo a su hijo. Cuando era inminente una batalla, se despedía con un beso de su pequeño hijo, lo ponía en manos de un guardia y gritaba, “¡Al monte!”. Frente a sus inquisidores, con la muerte segura que le aguardaba, se reveló que había mandado a su hijo a una escuela en Nueva Orleans. “Mandasteis a vuestro hijo a los Estados Unidos a educarse en la religión de los protestantes, sois un hereje”, dijo uno de los inquisidores. “No —respondió Morelos con el rostro luminoso— envié a mi hijo a educarse en Nueva Orleans porque en las escuelas de esta colonia no le hubieran imbuido los principios de la libertad, ni habría adquirido el temperamento que inspira nobles sentimientos a los hombres y los lleva a sacrificar todo por la independencia de su país.”

Fue este hijo, así destinado por su padre-héroe, quien llamó a sus compatriotas a ayudar al ejército enemigo para destruir a la república constitucional de México, prometiendo que Márquez, Miramón, Mejía, Zuloaga y otros traidores se le unirían en la arremetida contra el gobierno de Juárez, con la bendición de la Iglesia.

El general Díaz dio una dramática respuesta a Almonte cuando bautizó a su batallón de oaxaqueños favorito el batallón Morelos, y en la proclama con la cual le entregó el estandarte al batallón, dijo: “Nuestra bandera ondeando en la victoria, o nuestros cadáveres reposando bajo sus pliegues protectores, serán el mejor testimonio que podamos darle al mundo de que somos dignos hijos de Morelos, en contraste con el monstruo [Almonte] quien levanta impío la mano contra su país y el honor de su ilustre padre.”

El formidable intento de cambiar radicalmente la historia del hemisferio occidental, que giraba en torno a la lucha así abierta, quedó en parte revelado por el abate Emmanuel Doménech, representante personal secreto de Napoleón en México, cuando le escribió:

Si la monarquía se introdujera con éxito en las repúblicas españolas, en diez años los Estados Unidos se declararían una dictadura, que es una especie de monarquía republicana adoptada por las repúblicas degeneradas o demasiado revolucionarias... La Intervención fue una empresa magnífica y gloriosa, la cual prometía ser para Francia la mayor gloria del reino de Napoleón III y para Europa y el mundo la iniciativa más grandiosa del siglo diecinueve [...]. Tras la expedición mexicana había más que el encuentro de un imperio, la salvación de una nación, la creación de mercados, la generación de miles de millones; había un mundo tributario de Francia, feliz de someterse a nuestra influencia favorable, de recibir sus suministros de nosotros y atribuirnos su resurrección a la vida política y social de los pueblos civilizados.